

Robert Lamoureux

Papá,
mamá,
la muchacha
y yo



Fué un 24 de diciembre, víspera de Navidad, cuando encontré a Catalina. Desde luego, fué por azar, como sucede con las cosas verdaderamente importantes. Cuando la felicidad ha decidido entrar en nuestra vida, se las arregla para hacerlo fortuitamente, como un señor que se equivoca de puerta –podríamos decir de incógnito–. Por eso sucede con frecuencia que a veces no se le reconoce y se le deja pasar sin saludarle. Sé de un montón de personas que han dejado escapar la felicidad por cinco minutos o por veinte metros... Mirad: si aquella noche de Navidad, al volver hacia mi casa, hubiera acertado por la calle de Orchampt, en lugar de seguir hasta el final la calle de Ravignan... Si sobre todo hubiera vivido en otro lugar...

Glosario

Escrito especialmente por el Autor cuando se terminó de rodar la película.

La circunstancia más favorable no es, quizá, que mi padre (mi verdadero padre) encontrase a mi madre en una fecha que yo ignoro (todo sucedió antes de mi nacimiento, lo que dicho sea de paso, simplifica notablemente la tarea de los historiadores futuros).

El acontecimiento más dichoso es, quizá, que Gaby Morlay se haya parecido a Mamá y Fernand Ledoux a Papá.

Yo he dicho Papá-Mamá por primera vez (de manera inconsciente, según toda probabilidad) el 4 de enero de 1920. El 9 de enero de 1949, en la Central de la Canción, yo he cantado con voz temblorosa estas dos palabras; yo las he pronunciado en público. Después ellas me han acompañado como dos sombras.

Ahora "ellas" son cuatro. Dos padres, dos madres. Los modelos y los retratos. Y la tentación para mí de amar los retratos, porque yo amo los modelos.

Del monólogo a la canción, de la canción al cine he seguido siempre a Papá y Mamá, y me gustaría contar lo historia de mí mismo, que es la de la película, y reunir, mis queridos amigos, entre el sueño y la realidad...

Pero dos padres y dos madres es mucho para un solo hombre. Y el afecto que yo tengo para unos y la amistad que me une a los otros, me han gastado el tiempo. El tiempo de escribir este libro. Yo estoy contento de vivir.

Ahora que lo he leído estoy dispuesto a decir: "certificado conforme", en espera de hallar delante de la cámara o de la mesa familiar, Papá y Papá, Mamá y Mamá.

CAPÍTULO PRIMERO

PERMÍTAME QUE LES PRESENTE

Fué un 24 de diciembre, víspera de Navidad, cuando encontré a Catalina.

Desde luego, fué por azar, como sucede con las cosas verdaderamente importantes. Cuando la felicidad ha decidido entrar en nuestra vida, se las arregla para hacerlo fortuitamente, como un señor que se equivoca de puerta – podríamos decir de incógnito–. Por eso sucede con frecuencia que a veces no se le reconoce y se le deja pasar sin saludarle. Sé de un montón de personas que han dejado escapar la felicidad por cinco minutos o por veinte metros... Mirad: si aquella noche de Navidad, al volver hacia mi casa, hubiera acortado por la calle de Orchampt, en lugar de seguir hasta el final la calle de Ravignan... Si sobre todo hubiera vivido en otro lugar...

Pero ¿era imposible que viviera en otra parte!

Todavía no les he dicho cómo es la casa donde vivo. Principalmente, nuestro piso. Un inmueble es una gran ciudad. Pero la nuestra es una ciudad pequeña, casi un vilorio.

Está situada en una pequeña ciudad, como cortada a cuchillo, que tiene por nombre Montmartre. Los primos de la provincia nos llaman “los parisienses”, y escriben en la dirección: “París, 18.º” Pero se equivocan: Montmartre no es París, como el “poblado suizo” de Grenelle no es Lausana. La prueba es que en él todavía se encuentran molinos y, en la calle de Saules, una viña.

Nuestra casa está en lo más alto de la ciudad, calle Lepic, número 96 bis. Es una casa vulgar, tranquila, muy fre-

cuentada... Para decirlo todo: "alquilada a pequeños burgueses".

No ha cambiado de vecinos desde hace años. Algunos entierros... Pero como se trataba de personas de muchos años, que pertenecían a familias de esas que viven cinco en tres habitaciones, estos acontecimientos no eran trágicos; a lo más, se teñían de melancolía de buena ley.

Nada de nacimientos... Dramas pasionales, en absoluto... ¡Era algo para descorazonar a los chismosos, los curiosos y los novelistas especializados en este aspecto de la vida!

Los dos únicos acontecimientos verdaderamente importantes del día eran las dos visitas del cartero: a las ocho y a las seis. Entraba por la cochera, llamaba a las puertas del patio, entraba y salía tres minutos más tarde, limpiándose los bigotes con el revés de la mano. ¿Borraba con ese gesto las últimas gotas de un vaso de vino o las manchas de carmín de la portera, según decían algunos inquilinos malévolos?... Sólo Dios lo sabe. La señora Le Gall era demasiado cariñosa para negar a nadie lo que fuese, aunque sólo fuera un vaso de vino a un cartero, envuelta en su peinador, en el que ocultaba una cuarentena bien conservada.

La vida del número 96 bis tenía otro acontecimiento señalado: el canzonetista callejero. Era siempre el mismo. Llevada una chaqueta negra y un pantalón rayado. Se le podría confundir con un jefe de protocolo que hubiera perdido su puesto tres años atrás y hubiera dormido en un banco con su hermoso traje. Las vueltas del pantalón eran un fleco, y la chaqueta negra tiraba hacia el verde.

Se plantaba delante de la puerta cochera, su violón hundido bajo la barbilla, y chirriaba la canción: "Lo que se ha amado..." Jamás le oí tocar otra cosa. Quizá no conocía otra canción, o quizá creyera que aquélla era la que más convenía a los inquilinos de nuestra casa...

Uno a uno se veía surgir a los inquilinos al oír las primeras notas. Abrían de par en par su ventana y se acodaban en ella. Cuando hacía demasiado frío, como en aquella víspera de Navidad, se contentaban con separar los visillos y apretar el rostro contra el cristal, fueran viejos o jóvenes. Y toda la casa aparecía, así, de golpe, con su contenido viviente, en los seis pisos superpuestos, desde el patio a las habitaciones de las criadas... Ésta era la casa en bloque, con sus sedimentos, bastante semejante a los mapas geológicos del subsuelo que papá enseñaba a sus alumnos.

Abajo del todo vivía la señora Le Gall, con su correo, su Argelia 11.º, su carmín...

En el primero derecha, el comandante Bateau, jefe de escuadrón retirado, soltero. En el primero izquierda, el padre Flotte, vicario de Saint-Pierre, también soltero.

En el segundo izquierda, una vieja actriz, la señorita de Aurigny, que agonizaba, volcada sobre su estufita, en el salón *rococó* tapizado de *fotos* amarillentas con dedicatorias ilegibles. En el segundo derecha, el señor Desforges, un avaro.

En el tercero, la señora Ramier, que a cualquier hora que fuese tenía una alfombra que sacudir. Y el señor Calomel, que sacudía a su mujer; pero sólo una vez por semana: el sábado por la noche.

En el cuarto vivía una pareja de viejos rentistas que jamás abrían la ventana. ¡Los pobres tendrían miedo de ser llevados por el viento! Comían tan poco... Con excepción de la señora Le Gall, nadie más sabía su nombre, ni se preocupaba por saberlo... Se les llamaba "los viejos".

En fin, en el quinto...

En el quinto vivíamos nosotros: papá, mamá, la muchacha y yo.

Papá era profesor de Ciencias Naturales. En un colegio de chicas sito en la calle de la Assomption, en Auteil: la Institución Sainte-Beuve, que almas inocentes consideraban equivocadamente como un establecimiento religioso.

Incluso los que ignoraban la profesión de papá la adivinaban en seguida, apenas le veían, en un no sé qué hecho de naderías extremadamente imprecisas: el hombro izquierdo un poco caído (el lado del que llevaba la cartera de profesor)...; el traje brillante en los codos, deformados los bolsillos por los diarios...; los botines...; la frente inmensa, muy despejada...; los ojos con esa dulzura evasiva de la miopía. (Papá, que llevaba anteojos, ponía su coquetería en no ponérselos más que “para trabajar”).

Era un hombre concienzudo, bueno y tímido, que intentaba ocultar sus defectos bajo la apariencia de protestas y salidas de tono. ¿Cómo no protestar cuando después de soñar ser un gran sabio sólo se es un profesor que enseña a alumnos indiferentes de los descubrimientos de los otros..., y cuando el tendero, que os llama “el señor profesor”, gana en una semana el doble de nuestro sueldo mensual?

Papá, cuando era estudiante, vió sus estudios interrumpidos en 1914 y no pudo terminarlos hasta el fin de la guerra, de la que volvió con la medalla militar y una bala en la rodilla (que seguía haciéndole sufrir con los cambios de tiempo). Se casó, casi en seguida, con una jovencita, licenciada en inglés, que conoció en la Facultad. Consiguieron, al mismo tiempo, un puesto en Châteauroux.

Toda su ambición era ser nombrados profesores en París. No tuvieron el coraje de esperar los doce o quince años necesarios: cinco años en Châteauroux, tres en Nancy, tres en Orleáns, cuatro en Lyon... Antes de treinta meses abandonaron los dos la enseñanza oficial y desembarcaron en la estación de Austerlitz con sus dos maletas y alquilaron el primer piso amueblado que encontraron al salir de la estación: “Pensión Lendru”, boulevard del Hospi-

tal, París, XIII. Y allí, al año siguiente, mamá tuvo su primer hijo, mi hermano Pablo. Yo nací años más tarde, en la calle Lepic, en donde mis padres se instalaron definitivamente.

Papá encontró inmediatamente empleo en el colegio de Sainte-Beuve. Mamá, cuando podía, daba lecciones particulares o traducía en casa novelas inglesas.

¿Era por haber sido muy bonita en sus tiempos? A mamá, modelo de esposas, le agradaba aparentar ser una muchacha sin seso y caprichosa. Aquí abajo cada uno oculta su carácter y su espíritu de abnegación como puede; mamá, por su parte, había elegido la máscara de la frivolidad. Tenía unos hermosos ojos tristes, que una pequeña risa cantarina desmentía. Decía cosas muy sensatas, pero de una manera tan precipitada que nadie reparaba en ello. Yo la quiero mucho. Papá, también; pero nos las arreglábamos de manera para no demostrárselo.

La criada –en el momento en que comienza esta historia– se llamaba María Luisa. Tenía quince años cuando vino a nuestra casa, el año en que nací. Por tanto, tenía treinta y ocho años bien cumplidos. Era fea, soñadora y muy fiel. Quizá porque no se casó pensaba que su vida era inútil. En sus horas tristes se echaba las cartas, en busca de un hombre joven y rubio, o incansablemente escuchaba un viejo disco de música que tocaba *Placer de amor*.

En cuanto a mí... Bien; yo cumpliría veintitrés años en el tiempo de las cerezas, lo que me daba un aspecto muy agradable. Si fuera a creer al espejo del armario de mi habitación, ofrecía el aspecto de un muchachote delgaducho, con los pelos revueltos por el mismo diablo y con los dientes de lobezno. Era melancólico, aunque no me faltaban condiciones, en la mesa, para pinchar con el tenedor, y, tras una apariencia alegremente cínica, era sentimental hasta morir. Sí; sentía en mi corazón un gran vacío. Algunos amoríos, que apenas duraban un día, no pudieron amueblar el vacío de mi corazón... También yo esperaba la

mujer joven y rubia, pero no contaba con los recursos de las cartas y de los discos que debiera hacer tocar para ayudarme a ser paciente. Quizá, sin conocerla, tenía nostalgia de Catalina...

Esto en cuanto a mi físico y a mi condición moral. En cuanto a lo "social", no era mucho más brillante. Hacía mucho tiempo que había conseguido mi título de licenciado en Leyes, y, después del servicio militar, trabajaba como pasante con un abogado conocido: el señor Turpin. Era muy conocido y ganaba mucho; probablemente, medio millón de francos al mes. Lo que no le impedía pagar a los pasantes desconocidos treinta mil... al mes. Este empleo no era ni el Perú ni las minas de Golconda; pero, como vivía con mis padres, era suficiente para hacer de mí un joven de trato agradable. Por otra parte, no estaba arrepentido de haber hecho la carrera jurídica; en ella se puede abrazar igualmente a los secretarios; me refiero a los secretarios del sexo débil exclusivamente. Eran cuatro las que trabajaban en el bufete de Turpin, y alguna más joven y apetitosa que las otras. Especialmente una que se llamaba Germana, de la que volveré a hablar...

Todas las mañanas, a las siete en punto, el despertador de papá sonaba con su pequeño timbre, que tiritaba. Papá abría un ojo; después, el otro; se estiraba, bostezaba, le daba un beso a mamá en la mejilla, se levantaba, titubeando un poco, cogiéndose con una mano los pantalones del pijama, y golpeaba la pared de mi habitación.

—¡Son las siete! —gritaba.

¡Como si yo no lo supiera!

Esperaba unos instantes, durante los cuales yo emergía dolorosamente del sueño. Después papá volvía a gritar de nuevo a través de la puerta:

—¿Has oído, Roberto?

¡Claro que le había oído!

–¡Ya voy! –respondía.

Y, alcanzando debajo de la cama una de mis zapatillas, golpeaba con ella el suelo para hacer creer que me había levantado.

–¡Ya era hora! –decía mi padre.

Mi papá iba hacia la mesilla de noche y cogía una tirita quitacallos, que adhería cuidadosamente sobre el dedo pequeño del pie. Entonces alcanzaba debajo de la cama dos pequeñas pesas y comenzaba sus movimientos respiratorios:

–Uno..., dos... Uno..., dos... Uno...

Paraba para gritarme:

–¡Roberto, no te oigo!

El cuarto de hora de cultura física familiar era uno de los mejores ratos del día para papá.

Acostado, me apresuraba a inspirar y espirar con el mismo ruido que un soplete de fragua, capaz de ser oído a través de la puerta:

–Mm... Pfff... Mm... Pfff...

–¡No tan de prisa! –me decía entonces papá, corrigiéndome; pero por la voz se adivinaba que estaba entusiasmado de mi entusiasmo matinal.

En fila india íbamos al lavabo. Papá era el primero en lavarse. Se afeitaba con un "sable". Y mientras realizaba esta peligrosa operación, repetía a media voz siempre la misma frase:

–Las viejas medias se secan, decía una duquesa de vieja cepa...

Palabras sibilinas, que tenían su explicación cuando se sabía que papá tuvo en su juventud un defecto de pronunciación, al que venció a fuerza de ejercicios constantes, tomados de Demóstenes.

A causa de esto, sin duda, el célebre orador griego era su ejemplo y su dios... "Cuando encuentres una dificultad –acostumbraba papá a decirnos–, pregúntate simplemente: ¿Qué haría Demóstenes en mi lugar?..."

Mientras tanto, mamá se había levantado, y los tres desayunábamos –pan, mantequilla y café solo– en el comedor.

“... un flujo y reflujo provocando las perturbaciones que alcanzan el norte de una línea de Le Havre a Perpignan”, gangueaba la radio...

Y mamá, poeta, añadía:

–Las nubes son maravillosas esta mañana.

Papá, práctico, comentaba:

–Tienes razón: voy a coger el paraguas.

A continuación venía la ceremonia de la hora exacta.

“En la cuarta campanada...”, anunciaba la radio.

Mi padre, que había fijado un ojo en la esfera de su reloj y el otro en el cuadrante de la pared, ponía en hora los dos. Sólo entonces se sentaba y, maquinalmente, remojava sus tostadas, al mismo tiempo que leía por encima el periódico.

Las noticias políticas tenían el don de llenarle de una amargura pronta cada mañana.

–Me daría una gran alegría meter en la cárcel a esos canallas –se le oía murmurar.

–Tienes razón –le decía yo.

–Mira –decía papá–: por una vez estamos de acuerdo.

Desde luego, no era verdad que estuviéramos de acuerdo. No hablábamos de los mismos canallas; esto era todo. Papá era un antiguo anarquista que se hizo conservador cuando cumplió los cincuenta. Y yo, sin duda, era un futuro conservador que me creía anarquista porque tenía veintitrés años y no me dolía el hígado. En cuanto a mamá, sus opiniones eran muy personales. Era de una olímpica indiferencia para todo lo que concernía a la lucha de clases y al porvenir de la democracia, y votaba a los candidatos que le habían hecho mejor impresión. El color

de los ojos tenía para ella más importancia que el programa político.

A mamá no le agradaba nada que habláramos de política durante el desayuno.

–Más valiera que desayunarais de una vez –nos reprochaba.

Ella nos servía y protestaba como una cafetera, distribuía las tostadas, nos ponía el azúcar, la mantequilla, y siempre corregía mi manera de comer.

–Roberto, no tengas prisa –me decía.

O esto otro:

–Tu pobre hermano no se abalanzaba sobre el azúcar como un pobre.

¡Mi pobre hermano!... Mamá no podía consentir que se olvidase a mi pobre hermano Pablo, que murió a los cuatro años, con su traje marinero y un gorro orlado de la leyenda "El Intrépido"; su fotografía estaba colgada en el comedor. No pasaba un día sin que se citasen sus mil virtudes y cualidades como ejemplo...; cualidades y virtudes con las que no me había dotado la Naturaleza.

Papá había acabado de desayunar. Plegaba su servilleta sobre la mesa, cogía bajo el brazo la cartera de cuero, ponía sobre su cabeza el sombrero negro con ribete... Él y yo besábamos a mamá, cada uno sobre una mejilla, y nos marchábamos, él a Sainte-Beuve, en Auteil y yo al bufete de Turpin, en boulevard Haussmann, cerca de Saint-Lazare.

Mamá se ponía entonces en su mesa de trabajo y se sumergía en sus traducciones. De tiempo en tiempo, releía una frase en alta voz.

Su conocimiento de la lengua de Shakespeare había hecho de ella, en efecto, una excelente especialista de las novelas negras, que traducía en lenguaje verde, según el gusto en boga.

Y los meses pasaban...

La fiesta de Todos los Santos nos veía marchar a los tres, vestidos sobriamente y con un crisantemo cada uno en un pote. No íbamos al cementerio de Montmartre, que estaba a dos pasos de nuestra casa, tan coquetón con sus tapices de verdura y sus setos cortados a cuchillo..., sino al inmenso y triste cementerio de Père-Lachaise. Allí reposaba mi hermano Pablo, prematuramente desaparecido, cuando papá y mamá vivían todavía en el barrio. Esto nos obligaba a tomar el autobús, en el que nuestros potes con crisantemos sembraban el pánico; uno de ellos (ordinariamente, el de papá) vaciaba su tierra sobre las rodillas de cualquier pasajero y amotinaba a todo el autobús..., y el cobrador insistía en hacernos pagar seis plazas –tres por los potes de crisantemos–. Para distraer la atención, mamá me reprochaba que mirara las piernas de las viajeras. ¡Mi hermano Pablo, el pobre, no hubiera mirado las pantorri-llas de las mujeres en el autobús!... Yo bajaba la cabeza, todo pesaroso.

El 11 de noviembre papá se marchaba solo, con su medalla militar (tamaño grande) prendida en su abrigo. Iba, junto con centenares de antiguos colegas ex combatientes, a reanimar la llama bajo el Arco del Triunfo.

En seguida venía la estación de las fiestas. Durante quince días llamaban sin cesar a nuestra puerta. Y sin cesar, María Luisa, perdida en su sueño interior, iba a abrir.

Eran los pordioseros: "Muchas gracias, señoras y señores; un feliz año..."

El cartero: "Éste es el calendario de Correos; elijan el más bonito, señoras y señores..."

Las religiosas: "Las Navidades de los huérfanos, hermana; Dios le devolverá..."

Los laicos: "Para los niños de las escuelas, por favor, y feliz año..."

También eran inevitables los regalos de Año Nuevo: la caja grande de chokolatinas de la señora Sautopin... (com-

prada en "La Marquesa de Sévigné"); los útiles para fumar de los alumnos de la Institución Sainte-Beuve... (comprados en "El Duque de Guise"). Nada se perdía con los chocolates: mamá se los comía, y tanto peor para su hígado. Pero en cuanto a los útiles para fumar era el decimoséptimo que papá recibía de los alumnos de Sainte-Beuve en Navidades. Y él no fumaba.

Sí; los meses pasaban, y los años...